

7.- ANEJOS

7.1- Anejo de textos

7.1.1.- La Iliada, Canto III, versos 161-244

Así hablaban, y Priamo, alzando la voz, llamó a Helena:
«Ven aquí, hija querida, y siéntate ante mí y veras
a tu anterior marido, a tus parientes políticos y a tus amigos.
Para mí tú no eres culpable de nada; los causantes son los dioses,
¹⁶⁵que trajeron esta guerra, fuente de lágrimas, contra los aqueos.
Así podrás decirme además el nombre de ese monstruoso
guerrero.
¿Quién es ese guerrero aqueo noble y alto?
Cierto que hay otros más altos, que hasta le sacan la cabeza
pero hasta ahora no he visto en mis ojos a nadie tan bello
¹⁷⁰ni tan majestuoso. Lo digo porque parece un rey.»
Respondióle Helena, de casta de Zeus entre las mujeres:
«Pudor me inspiras, querido suegro, y respeto también.
¡Ojalá la cruel muerte me hubiera sido grata cuando aquí
vine en compañía de tu hijo, abandonando tálamo y hermanos,
¹⁷⁵a mi niña tiernamente amada y a la querida gente de mi edad.
Mas eso no ocurrió, y por eso estoy consumida de llorar.
Te voy a decir eso que me preguntas e inquieres:
ése es el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,
a la vez buen rey y esforzado lancero.
¹⁸⁰Era mi cuñado, de mí, cara de perra, si eso alguna vez
sucedió.»
Así habló, y el anciano quedó maravillado y exclamó:
«¡Atrida feliz, con fortuna nacido, de opulento hado!
Realmente veo que hay mucho jóvenes aqueos sumisos a ti.
Ya en cierta ocasión fui a Frigia, rica en viñedos,
¹⁸⁵donde vi elevadísimo número de frigios, de ágiles potros,
las huestes de Otreo y de Migdón, comparable a un dios,
que entonces habían ido en campaña a orillas del Sangario.
Pues también yo me uní a ellos en calidad de aliado
aquel día que llegaron las varoniles Amazonas
¹⁹⁰Mas ni esos eran tantos como los aqueos, de vivaces ojos.»
En segundo lugar, al ver a Ulises, preguntó el anciano:
«Ea, dime también este, hija querida, quien es.
Es más bajo que el Atrida Agamenón, que le saca la cabeza,
pero se le ve más ancho de hombros y de pecho.
¹⁹⁵Sus armas yacen sobre la tierra, nutricia de muchos,
pero él recorre como un morueco las hileras de guerreros.
Sí, yo le comparo con un carnero, de compactos vellones,
Que pasa revista a un gran rebaño de blancas ovejas.»
Respondióle entonces Helena, nacida de Zeus:
²⁰⁰«Ese otro es el Laertiada, el muy ingenioso Ulises,
que se crió en el país de Ítaca, aunque es muy pedregosa.

Es experto en toda clase de engaños y sagaces artimañas.»
Por su parte, el inspirado Anténor la miró y le dijo:
«¡Mujer! Son muy ciertas las palabras que has dicho
²⁰⁵También aquí vino cierta vez Ulises, de la casta de Zeus,
A causa de un mensaje relativo a ti, con Menelao, caro a Ares.
Yo los hospedé y les di una cordial acogida en el palacio,
y de ambos conocí el aspecto físico y las sagaces artimañas.
Mas cuando comparecieron en medio de los troyanos reunidos,
²¹⁰estando ambos de pie, Menelao le sacaba sus anchos hombros,
y cuando ambos estaban sentados, Ulises era más majestuoso.
Pero cuando hilvanaban ante todos discursos y pensamientos,
Menelao, sin duda, pronunciaba de corrido ante el auditorio
pocas palabras, mas muy sonoras, ya que no era muy prolijo
²¹⁵ni divagador en razones; pues era además inferior en edad.
Pero cada vez que el muy ingenioso Ulises se levantaba,
se plantaba, miraba abajo, clavando los ojos en el suelo,
y el cetro no lo meneaba ni hacia atrás ni boca abajo,
sino que lo mantenía inmóvil, como si fuera un ignorante;
²²⁰habrías dicho que era una persona enfurruñada o estúpida;
Pero cuando ya dejaba salir del pecho su elevada voz
y sus palabras, parecidas a invernales copos de nieve,
entonces con Ulises no habría rivalizado ningún mortal.
Desde entonces la figura de Ulises no nos ha admirado tanto.»
²²⁵En tercer lugar, viendo a Ayante, interrogó el anciano:
«¿Y quién es este otro aqueo, noble y alto,
Cuya cabeza y anchos hombros sobresalen entre los argivos?»
Replicó Helena, de talar vestido, divina entre las mujeres:
«Ese es el monstruoso Ayante, baluarte de los aqueos.
²³⁰Al otro lado, entre los cretenses, Idomeneo cual un dios
se alza, con los capitanes cretenses congregados alrededor.
Con frecuencia lo hospedó Menelao, caro a Ares,
en nuestra casa, siempre que llegaba de Creta.
Ahora veo a todos los demás aqueos, de vivaces ojos,
²³⁵a los que me sería fácil reconocer y enumerar sus nombres.
Mas hay dos caudillos de huestes, a quienes no logro ver:
a Cástor, domador de caballos, y a Polideuces, valioso púgil,
los hermanos carnales que dio a luz la misma madre que a mí..
O no partieron de la amena Lacedemonia junto con los demás
²⁴⁰o han venido aquí en las naves, surcadoras del ponto,
pero ahora no desean internarse en la lucha de los hombres
por miedo de los muchos oprobios que me rodean.»
Así habló, mas la tierra, germen de cereales, ya los tenía
en su seno allí en Lacedemonia

7.1.2 Fenicias, Prólogo, vv 88-201

El pedagogo: ¡Oh tú, Antígona, que eres un noble retoño de tu padre en estas moradas! Ya que tu madre, conmovida por tus ruegos, te ha permitido abandonar la estancia de las vírgenes y subir á la parte más alta de la morada con objeto de ver al ejército de los argianos, párate para que yo examine el camino, no vaya a ser que aparezca por el sendero algún ciudadano, y para que no se nos dirija un reproche oprobioso, á mí como esclavo y á ti como reina; y te diré cuanto de los argianos he visto y sabido cuando he ido á llevar el salvoconducto á tu

hermano, y cuando, tras de dejarle, he vuelto aquí. Pero no se acerca á las moradas ningún ciudadano. Remonta, pues, los antiguos peldaños de cedro y mira la llanura, y siguiendo el curso del Ismeno y la fuente Dirce, observa cuán numeroso es el ejército de los enemigos.

Antígona: Tiende, pues; tiende, pues, tu vieja mano a la joven, desde lo alto de los peldaños, a fin de ayudarme á levantar los pies.

El pedagogo: He aquí mi mano; tómalas, virgen. A tiempo has subido, porque el ejército pelágico se pone en movimiento y se divide en tropas.

Antígona: ¡Oh Hécata, venerable hija de Latona! El bronce resplandece por toda la llanura.

El pedagogo: No viene Polinices con timidez a esta tierra, pues suenan numerosos caballos e innumerables hoplitas.

Antígona: ¿Están atrancadas las puertas y las barras de bronce están bien adaptadas a las murallas de piedra construidas por Anfión?

El pedagogo: Estate tranquila. La ciudad se halla bien fortificada por dentro; pero mira a ese primero, si quieres saber quién es.

Antígona: ¿Quién es ese de la cimera blanca en el casco y que lleva con desenvoltura al brazo un macizo escudo de bronce?

El pedagogo: Es un jefe, ¡oh señora!

Antígona: ¿Quién es? ¿De dónde es? Di, ¡oh anciano! ¿Cómo se llama?

El pedagogo: Dicen que es micense de origen, y habita en el pantano de Lerne. Es el rey Hipomedón.

Antígona: ¡Oh! ¡Es orgulloso y terrible de aspecto, y semejante a un gigante nacido de la tierra! En su escudo hay pintadas estrellas. No parece de la raza de los mortales,

El pedagogo: ¿Ves a ese jefe que atraviesa el agua de Dirce?

Antígona: ¡Sus armas son extrañas, extrañas! ¿Quién es?

El pedagogo: Es Tideo, hijo de Eneo. En el pecho lleva la imagen de Ares etolio.

Antígona: ¿Es él ¡oh anciano! quien se ha casado con la hermana de la mujer de Polinices? El color de sus armas es extraño, medio bárbaro.

El pedagogo: En efecto, hija mía, todos los etolios llevan un largo escudo y son hábiles para lanzar largas picas.

Antígona: Pero ¿cómo sabes esas cosas, ¡oh anciano!?

El pedagogo: He visto y observado los emblemas de sus escudos al llevar, el salvoconducto a tu hermano, y al mirarlos, reconozco a los que, están armados.

Antígona: ¿Quién es ese que pasa junto a la tumba de Zeto, con melena rizada, aire orgulloso y joven de aspecto? Es un jefe, pues le sigue y le rodea una multitud armada.

El pedagogo: Es Partenopeo, hijo de Atalanta.

Antígona: ¡Ojalá Artemisa, que corre por las montañas con su madre, le domine y le mate con sus dardos, por venir contra mi ciudad para devastarla!

El pedagogo: ¡Así sea, oh hija! Sin embargo, vienen con razón a esta tierra. Temo que los Dioses crean lo mismo.

Antígona: Pero ¿dónde está el que, por un destino adverso, ha nacido de la misma madre que yo? Di, ¡oh anciano! ¿Dónde está Polinices?

El pedagogo: Está de pie junto a Adrasto, apoyado en la tumba de las siete hijas de Niobe. ¿Le ves?

Antígona: Le veo, pero no claramente. Noto, sin embargo, cierta semejanza en su cara y en su estatura. ¡Pluguiera a los Dioses que pudiese yo, como una nube que vuela, atravesar el aire para correr en pos de mi hermano! ¡Le echarla los brazos a su cuello querido, al cuello de ese desdichado desterrado hace tanto tiempo! ¡Cómo resplandece bajo sus armas de oro, anciano! ¡Resplandece cual los rayos de Helios por la mañana!

El pedagogo: A estas moradas vendrá, con el salvoconducto, para colmarte de alegría.

Antígona: Pero, ¡oh anciano! ¿Quién es ese que lleva un carro de caballos blancos, en el que va sentado?

El pedagogo: Es el adivinador Anfírao, ¡oh señora! Con él van las víctimas destinadas a la tierra, que gusta de la sangre.

Antígona: ¡Oh hija de Helios, la de espléndida cintura, Selanea! ¡Luz con cerco de oro! ¡Con qué moderación lleva su carro y cuánta suavidad pone en el látigo para aguijar a sus caballos! Pero ¿dónde está Capaneo, que tan insolentemente amenaza a la ciudad?

El pedagogo: Examina el acceso a las torres y mide las murallas desde la base hasta el final.

Antígona: ¡Io! ¡Némesis! ¡Truenos de horrible estampido de Zeus y fuego del rayo! ¡Reprimid esa arrogancia sin freno! Este entregará las mujeres tebanas cautivas a Micena y al tridente lerneo, e impondrá el yugo de la servidumbre a las aguas de Poseidón y de Amimone. No sufra yo de servidumbre nunca, nunca, ¡oh venerable Artemisa, oh hija de cabellos de oro de Zeus!

El pedagogo: ¡Oh hija! Entra en la morada y quédate bajo tu techo virginal, pues ya has satisfecho tu deseo viendo lo que deseabas ver. Porque desde que el tumulto ha invadido la ciudad, una multitud de mujeres está viniendo a las moradas reales. La raza de las mujeres es maligna por naturaleza, y las menores pequeñeces les hacen prorrumpir en palabrería. La voluptuosidad de las mujeres consiste en hablar mal unas de otras.

7.1.3.- *La Eneida Libro XI: vv 891-895*

Las propias madres en desesperado intento desde los muros
(Así se lo señala el verdadero amor a la patria, al ver a Camila)
arrojan temblando dardos con sus manos y remedan el hierro
con troncos de dura madera y palos afilados al fuego
y se arrojan, y arden por ser las primeras en morir por su muralla.

7.1.4.- *Dionisiacas:*

Libro 35: 11-16

Los ancianos, inmóviles, contemplaban la lucha desde las murallas de elevadas almenas; sobre los tejados también las mujeres del lugar observaban a toda esta cohorte con el estandarte del tirso y alguna doncella de largo peplo, reclinada sobre su nodriza desde sus habitaciones, contemplaba el combate femenino y lamentaba con graves lágrimas las muertes de muchachas de su misma edad.

Libro 39: 14-23

El descomunal Deríades, desde lo alto de las murallas, contempló la nube de velas de las naves que ya se acercaban con mirada recelosa y, soberbio, como hubiera escuchado que el armador árabe había fabricado aquellas naves belicosas, amenazó con devastar la ciudad de Licurgo, segando con su acero destructor la mies de los Radamanes. Y como contemplasen los intrépidos indios aquella flota se pusieron a temblar, pues avistaban ya un ataque que bate el mar, de modo que incluso las rodillas del osado Deríades se aflojaron.

7.1.5.- Mahabharata

Fragmentos varios:

La noche anterior Vyasa visitó a Dhritarashtra, su hijo. Vyasa le dijo: —Hijo mío, han llegado días terribles. Tus hijos y otros reyes, todos los demás reyes del mundo que se han reunido aquí, morirán dentro de pocos días. Este será el curso del destino, no tiene sentido apenarse por ello. Y si quieres ver la guerra, te concederé el don de recuperar la vista.

El pobre Dhritarashtra le respondió: —Mi señor, he estado ciego toda mi vida, no sé lo que es ver. No quiero usar mis ojos para ver morir a mis hijos. ¡No! Me contentaría con escuchar a alguien que me lo contase todo. Si hay alguien que pueda ver la guerra y relatármela vívidamente, estaré satisfecho.

Vyasa dijo: —Que así sea. Sanjaya te dará una narración veraz y vívida de toda la guerra. Le otorgaré el don de la visión interior. Será como los rishis, que pueden ver todo lo que se ha de ver. Sanjaya verá todo lo que ocurra en la guerra, conocerá incluso los pensamientos de todos ellos. Tanto lo que se hable como lo que pase por la mente de los hombres, Sanjaya podrá saberlo, tanto de día como de noche. Sanjaya podrá verlo todo. Cada día estará en el campo de batalla y verá cómo se lucha. Él te lo relatará durante la noche sin que la fatiga o el agotamiento puedan afectarle.

El ejército caía tan rápido como sus flechas. Arjuna lo observó desde lejos y le dijo a Krishna:

—Nuestro abuelo está lleno de furia, y nuestro ejército está sufriendo las consecuencias, llévame rápidamente a su presencia. Bhishma está siendo apoyado por Drona, Kripa, Salya, Vikarna y los otros hermanos del rey y sólo están siendo acosados por Drupada. Debo matar a Bhishma para que se salve nuestro ejército.

Krishna le dijo:

—Tienes razón, cuanto antes te encuentres con Bhishma, mejor será para tus soldados.

Krishna condujo el carro de Arjuna rápidamente hacia el lugar donde estaba Bhishma, aquella lucha era un espectáculo digno de verse. Si no hubiera sido por el hecho de que estaban perdiendo tantos soldados, Arjuna hubiera pasado horas observando la destreza con que el anciano manejaba su arco. Aquel gran hombre era la muerte misma.

—¡Mira, Arjuna! Fíjate en el gran ejército que dirigen Bhishma y Drona. Mira a todos los kurus que se han reunido aquí para morir en tus manos.

Arjuna posó sus ojos sobre aquel gran espectáculo y vio a los héroes preparados para la guerra, vio allí a muchos de los que le eran queridos. Eran sus abuelos, maestros, tíos, hermanos, hijos, amigos entrañables y camaradas. Los miraba una y otra vez, y, de repente, se sintió lleno de compasión por todos ellos. Su voz estaba emocionada por la aflicción y dijo:

—Krishna, siento que una terrible debilidad se apodera de mí. Mi boca se ha secado de repente y me tiembla todo el cuerpo. Krishna, mi cabeza me da vueltas y me siento desfallecer. Mis miembros rehusan mantenerme en pie. Mi cuerpo arde como si tuviera fiebre y mi gandiva se resbala de mis manos. Cuando miro a todos estos hombres que son mis parientes, siento que no puedo luchar contra ellos. Fíjate en los

presagios, Krishna, no auguran nada bueno para nadie. No creo que esté bien que mate a mis parientes, no quiero ganar esta guerra. No quiero ningún reino ni tampoco los placeres de este mundo. No les veo ninguna utilidad. Esos grandes héroes significan mucho para mí y están listos para luchar. No les mataría, aunque obtuviese la soberanía sobre los tres mundos. ¿Cómo entonces voy a matar a los hijos de Dhritarashtra por el placer pasajero de gobernar este mundo? Han sido ambiciosos, malvados, avariciosos y codiciosos. Admito todo eso, pero aun así siguen siendo mis primos, y es un pecado matar a los propios parientes. Antes me alejaría de la guerra. Incluso mejor sería que me matase Duryodhana. No quiero luchar.

7.1.6.- Tain Bo Cuailnge; The March of the Companies

While these things were being done, the Connaughtman determined to send messengers by the counsel of Ailill and Medb and Fergus, to look at the Ulstermen, to see whether they had reached the plain. It is there that Ailill said:

‘Go, O Mac Roth,’ said Ailill, ‘and look for us whether the men are all(?) in the plain of Meath in which we are. If they have not come, I have carried off their spoil and their cows; let them give battle to me, if it suits them. I will not await them here any longer.’

Then Mac Roth went to look at and to watch the plain. He came back to Ailill and Medb and Fergus. The first time then that Mac Roth looked from the circuit of Sliab Fuait, he saw that all the wild beasts came out of the wood, so that they were all in the plain. ‘The second time,’ said Mac Roth, ‘that I surveyed the plain, I saw a heavy mist that filled the glens and the valleys, so that it made the hills between them like islands in lakes. Then there appeared to me sparks of fire out of this great mist: there appeared to me a variegation of every different colour in the world. I saw then lightning and din and thunder and a great wind that almost took my hair from my head, and threw me on my back; and yet the wind of the day was not great.’

‘What is it yonder, O Fergus?’ said Ailill. ‘Say what it means.’

‘That is not hard; this is what it means,’ said Fergus: ‘This is the Ulstermen after coming out of their sickness. It is they who have come into the wood. The throng and the greatness and the violence of the heroes, it is that which has shaken the wood; it is before them that the wild beasts have fled into the plain. The heavy mist that you saw, which filled the valleys, was the breath of those warriors, which filled the glens so that it made the hills between them like islands in lakes. The lightning and the sparks of fire and the many colours that you saw, O Mac Roth,’ said Fergus, ‘are the eyes of the warriors from their heads which have shone to you like sparks of fire. The thunder and the din and the noise(?) that you heard, was the whistling of the swords and of the ivory-hilted weapons, the clatter of arms, the creaking of the chariots, the beating of the hoofs of the horses, the strength of the warriors, the roar of the fighting-men, the noise of the soldiers, the great rage and anger and fierceness of the heroes going in madness to the battle, for the greatness of the rage and of the fury(?). They would think they would not reach it at all,’ said Fergus.

‘We will await them,’ said Ailill; ‘we have warriors for them.’

‘You will need that,’ said Fergus, ‘for there will not be found in all Ireland, nor in the west of the world, from Greece and Scythia westward to the Orkneys and to the Pillars of Hercules and to the Tower of Bregon and to the island of Gades, any one who shall endure the Ulstermen in their fury and in their rage,’ said Fergus.

Then Mac Roth went again to look at the march of the men of Ulster, so that he was in their camp at Slemon Midi, and Fergus; and he told them certain tidings, and Mac Roth said in describing them:

‘A great company has come, of great fury, mighty, fierce, to the hill at Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘I think there is a cantred therein; they took off their clothing at once, and dug a mound of sods under their leader’s seat. A warrior fair and tall and long and high, beautiful, the fairest of kings his form, in the front of the company. Hair whiteyellow has he, and it curly, neat, bushy (?), ridged, reaching to the hollow of

his shoulders. A tunic curly, purple, folded round him; a brooch excellent, of red-gold, in his cloak on his breast; eyes very grey, very fair, in his head; a face proper, purple, has he, and it narrow below and broad above: a beard forked, very curly, gold-yellow he has; a shirt white, hooded, with red ornamentation, round about him; a sword gold-hilted on his shoulders; a white shield with rivets(?) of gold; a broad grey spear head on a slender shaft in his hand. The fairest of the princes of the world his march, both in host and rage and form and dress, both in face and terror and battle and triumph, both in prowess and horror and dignity.

‘Another company has come there,’ said Mac Roth; ‘it is next to the other in number and quarrelling and dress and terror and horror. A fair warrior, heroic, is in the front of this company. A green cloak folded round him; a brooch of gold over his arm; hair curly and yellow: an ivory-hilted sword with a hilt of ivory at his left. A shirt with —— to his knee; a wound-giving shield with engraved edge; the candle of a palace in his hand; a ring of silver about it, and it runs round along the shaft forward to the point, and again it runs to the grip. And that troop sat down on the left hand of the leader of the first troop, and it is thus they sat down, with their knees to the ground, and the rims of their shields against their chins. And I thought there was stammering in the speech of the great fierce warrior who is the leader of that company.

‘Another company has come there,’ said Mac Roth; ‘its appearance is vaster than a cantred; a man brave, difficult, fair, with broad head, before it. Hair dark and curly on him; a beard long, with slender points, forked, has he; a cloak dark-grey, ——, folded round him; a leaf-shaped brooch of white metal over his breast; a white, hooded shirt to his knees; a hero’s shield with rivets on him; a sword of white silver about his waist; a five-pointed spear in his hand. He sat down in front of the leader of the first troop.’

‘Who is that, O Fergus?’ said Ailill.

‘I know indeed,’ said Fergus, ‘those companies. Conchobar, king of a province of Ireland, it is he who has sat down on the mound of sods. Sencha Mac Aililla, the orator of Ulster, it is he who has sat down before him. Cuscraid, the Stammerer of Macha, son of Conchobar, it is he who has sat down at his father’s side. It is the custom for the spear that is in his hand in sport yonder before victory —— before or after. That is a goodly folk for wounding, for essaying every conflict, that has come,’ said Fergus.

‘They will find men to speak with them here,’ said Medb.

‘I swear by the god by whom my people swear,’ said Fergus, ‘there has not been born in Ireland hitherto a man who would check the host of Ulster.’

‘Another company has come there,’ said Mac Roth. ‘Greater than a cantred its number. A great warrior, brave, with horror and terror, and he mighty, fiery-faced, before it. Hair dark, greyish on him, and it smooth-thin on his forehead. A round shield with engraved edge on him, a spear five-pointed in his hand, a forked javelin beside him; a hard sword on the back of his head; a purple cloak folded round him; a brooch of gold on his arm; a shirt, white, hooded, to his knee.’

‘Who is that, O Fergus?’ said Ailill.

‘He is the putting of a hand on strife; he is a battle champion for fight; he is judgment against enemies who has come there; that is, Eogan Mac Durthacht, King of Fermoy is that,’ said Fergus.

‘Another company has come, great, fierce, to the hill at Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘They have put their clothing behind them. Truly, it is strong, dark, they have come to the hill; heavy is the terror and great the horror which they have put upon themselves; terrible the clash of arms that they made in marching. A man thick of head, brave, like a champion, before it; and he horrible, hideous; hair light, grey on him; eyes yellow, great, in his head; a cloak yellow, with white —— round about him. A shield, wound-giving, with engraved edge, on him, without; a broad spear, a javelin with a drop of blood along the shaft; and a spear its match with the blood of enemies along its edge in his hand; a great wound-giving sword on his shoulders.’

‘Who is that, O Fergus?’ said Ailill.

‘The man who has so come does not avoid battle or combat or strife: that is, Loegaire the Victorious, Mac Connaid Meic Ilech, from Immail from the north,’ said Fergus.

‘Another great company has come to Slemon Midi to the hill,’ said Mac Roth. ‘A warrior thick-necked, fleshy, fair, before that company. Hair black and curly on him, and he purple, blue-faced; eyes grey, shining, in his head; a cloak grey, lordly (?), about him; a brooch of white silver therein; a black shield with a boss of bronze on it; a spear, covered with eyes, with — (??), in his hand; a shirt, braided (?), with red ornamentation, about him; a sword with a hilt of ivory over his dress outside.’

‘Who is that, O Fergus?’ said Ailill.

‘He is the putting of a hand on a skirmish; he is the wave of a great sea that drowns little streams; he is a man of three shouts; he is the judgment of — of enemies, who so comes,’ said Fergus; ‘that is, Munremar Mac Gercind, from Moduirn in the north.’

‘Another great company has come there to the hill to Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘A company very fair, very beautiful, both in number and strife and raiment. It is fiercely that they make for the hill; the clatter of arms which they raised in going on their course shook the host. A warrior fair, excellent, before the company. Most beautiful of men his form, both in hair and eyes and fear, both in raiment and form and voice and whiteness, both in dignity and size and beauty, both in weapons and knowledge and adornment, both in equipment and armour and fitness, both in honour and wisdom and race.’

‘This is his description,’ said Fergus; ‘he is the brightness of fire, the fair man, Fedlimid, who so comes there; he is fierceness of warriors, he is the wave of a storm that drowns, he is might that is not endured, with triumphs out of other territories after destruction of his foes; that is Fedlimid — there.’

‘Another company has come there to the hill to Slemon Midi,’ said Mac Roth, ‘which is not fewer than a warlike cantred (?). A warrior great, brave, grey, proper, —, in front of it. Hair black, curly, on him; round eyes, grey(?), very high, in his head. A man bull-like, strong, rough; a grey cloak about him, with a brooch of silver on his arm; a shirt white, hooded, round him; a sword at his side; a red shield with a hard boss of silver on it. A spear with three rivets, broad, in his hand.’

‘Who is that, O Fergus?’ said Ailill.

‘He is the fierce glow of wrath, he is a shaft(?) of every battle; he is the victory of every combat, who has so come there, Connad Mac Mornai from Callann,’ said Fergus.

‘Another company has come to the hill at Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘It is the march of an army for greatness. The leader who is in front of that company, not common is a warrior fairer both in form and attire and equipment. Hair bushy, red-yellow, on him; a face proper, purple, well-proportioned; a face narrow below, broad above; lips red, thin; teeth shining, pearly; a voice clear, ringing; a face fair, purple, shapely; most beautiful of the forms of men; a purple cloak folded round him; a brooch with full adornment of gold, over his white breast; a bent shield with many coloured rivets, with a boss of silver, at his left; a long spear, grey edged, with a sharp javelin for attack in his hand; a sword goldhilted, of gold, on his back; a hooded shirt with red ornamentation about him.’

‘Who is that, O Fergus?’ said Ailill.

‘We know, indeed,’ said Fergus. ‘He is half of a combat truly,’ said he, ‘who so comes there; he is a fence(?) of battle, he is fierce rage of a bloodhound; Rochad Mac Fathemain from Bridamae, your son-in-law, is that, who wedded your daughter yonder, that is, Findabair.’

‘Another company has come to the hill, to Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘A warrior with great calves, stout, with great thighs, big, in front of that company. Each of his limbs is almost as thick as a man. Truly, he is a man down to the ground,’ said he. ‘Hair black on him; a face full of wounds, purple, has he; an eye parti-coloured, very high, in his head; a man glorious, dexterous, thus, with horror and terror, who has a

wonderful apparel, both raiment and weapons and appearance and splendour and dress; he raises himself with the prowess of a warrior, with achievements of —, with the pride of wilfulness, with a going through battle to rout overwhelming numbers, with wrath upon foes, with a marching on many hostile countries without protection. In truth mightily have they come on their course into Slemon Midi.'

'He was — of valour and of prowess, in sooth,' said Fergus he was — of pride(?) and of haughtiness, he was — of strength and dignity, — then of armies and hosts of my own foster-brother, Fergus Mac Leiti, King of Line, point of battle of the north of Ireland.'

'Another company, great, fierce, has come to the hill, to Slemon Midi,' said Mac Roth. 'Strife before it, strange dresses on them. A warrior fair, beautiful, before it; gift of every form, both hair and eye and whiteness, both size and strife and fitness; five chains of gold on him; a green cloak folded about him; a brooch of gold in the cloak over his arm; a shirt white, hooded, about him; the tower of a palace in his hand; a sword goldhilted on his shoulders.'

'Fiery is the bearing of the champion of combat who has so come there,' said Fergus. 'Amorgene, son of Eccet Salach the smith, from Buais in the north is that.'

'Another company has come there, to the hill, to Slemon Midi,' said Mac Roth. It is a drowning for size, it is a fire for splendour, it is a pin for sharpness, it is a battalion for number, it is a rock for greatness, it is — for might, it is a judgment for its —, it is thunder for pride. A warrior rough-visaged, terrible, in front of this company, and he great-bellied, large-lipped; rough hair, a grey beard on him; and he great-nosed, redlimbed; a dark cloak about him, an iron spike on his cloak; a round shield with an engraved edge on him; a rough shirt, braided(?), about him; a great grey spear in his hand, and thirty rivets therein; a sword of seven charges of metal on his shoulders. All the host rose before him, and he overthrew multitudes of the battalion about him in going to the hill.'

'He is a head of strife who has so come,' said Fergus; 'he is a half of battle, he is a warrior for valour, he is a wave of a storm which drowns, he is a sea over boundaries; that is, Celtchar Mac Uithechair from Dunlethglaisi in the north.'

'Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,' said Mac Roth. 'A warrior of one whiteness in front of it, all white, both hair and eyelashes and beard and equipment; a shield with a boss of gold on him, and a sword with a hilt of ivory, and a broad spear with rings in his hand. Very heroic has his march come.'

'Dear is the bear, strong-striking, who has so come,' said Fergus; 'the bear of great deeds against enemies, who breaks men, Feradach Find Fechnach from the grove of Sliab Fuait in the north is that.'

'Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,' said Mac Roth. 'A hideous warrior in front of it, and he great bellied, large-lipped; his lips as big as the lips of a horse; hair dark, curly, on him, and he himself —, broad-headed, long-handed; a cloak black, hairy, about him; a chain of copper over it, a dark grey buckler over his left hand; a spear with chains in his right hand; a long sword on his shoulders.'

'He is a lion red-handed, fierce of —, who so comes,' said Fergus. 'He is high of deeds, great in battle, rough; he is a raging on the land who is unendurable, Eirrgi Horselipped from Bri Eirge in the north,' said Fergus.

'Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,' said Mac Roth. 'Two warriors, fair, both alike, in front of it; yellow hair on them; two white shields with rivets of silver; they are of equal age. They lift up their feet and set them down together; it is not their manner for either of them to lift up his feet without the other. Two heroes, two splendid flames, two points of battle, two warriors, two pillars of fight, two dragons, two fires, two battle-soldiers, two champions of combat, two rods(?), two bold ones, two pets of Ulster about the king.'

‘Who are those, O Fergus?’ said Ailill.

‘Fiachna and Fiacha, two sons of Conchobar Mac Nessa, two darlings of the north of Ireland,’ said Fergus.

‘Another company has come to the hill, to Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘Three warriors, fiery, noble, blue-faced, before it. Three heads of hair very yellow have they; three cloaks of one colour in folds about them; three brooches of gold over their arms, three shirts — with red ornamentation round about them; three shields alike have they; three swords gold-hilted on their shoulders; three spears, broad-grey, in their right hands. They are of equal age.’

‘Three glorious champions of Coba, three of great deeds of Midluachair, three princes of Roth, three veterans of the east of Sliab Fuait,’ said Fergus ‘the three sons of Fiachna are these, after the Bull that is, Rus and Dairi and Imchath,’ said Fergus.

‘Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘A man lively, fiery, before it; eyes very red, of a champion, in his head; a many-coloured cloak about him; a chain of silver thereon; a grey shield on his left; [a sword] with a hilt of silver at his side; a spear, excellent with a striking of cruelty in his vengeful right hand; a shirt white, hooded, to his knee. A company very red, with wounds, about him, and he himself wounded and bleeding.’

‘That,’ said Fergus, ‘is the bold one, unsparing; that is the tearing —; it is the boar of combat, it is the mad bull; it is the victorious one of Baile; it is the warlike one of the gap; it is the champion of Colptha, the door of war of the north of Ireland: that is, Menn Mac Salchalca from Corann. To avenge his wounds upon you has that man come,’ said Fergus.

‘Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,’ said Mac Roth, ‘and they very heroic, mutually willing. A warrior grey, great, broad, tall, before it. Hair dark, curly, on him; a cloak red, woollen, about him; a shirt excellent; a brooch of gold over his arms in his cloak; a sword, excellent, with hilt of white silver on his left; a red shield has he; a spear-head broad-grey on a fair shaft of ash in his hand.

A man of three strong blows who has so come,’ said Fergus; ‘a man of three roads, a man of three highways, a man of three gifts, a man of three shouts, who breaks battles on enemies in another province: Fergrae Mac Findchoime from Corann is that.’ ‘Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘Its appearance is greater than a cantred. A warrior white-breasted, very fair, before it; like to Ailill yonder in size and beauty and equipment and raiment. A crown of gold above his head; a cloak excellent folded about him; a brooch of gold in the cloak on his breast; a shirt with red ornamentation round about him; a shield wound-giving with rims of gold; the pillar of a palace in his hand; a sword gold-hilted on his shoulders.’

‘It is a sea over rivers who has so come, truly,’ said Fergus; ‘it is a fierce glow of fire; his rage towards foes is insupportable: Furbaidi Ferbend is that,’ said Fergus.

‘Another company has come there to the hill, to Slemon Midi,’ said Mac Roth. ‘Very heroic, innumerable,’ said Mac Roth; ‘strange garments, various, about them, different from other companies. Famously have they come, both in arms and raiment and dress. A great host and fierce is that company. A lad flame-red before it; the most beautiful of the forms of men his form; ... a shield with white boss in his hand, the shield of gold and a rim of gold round it; a spear sharp, light, with — in his hand; a cloak purple, fringed, folded about him; a brooch of silver in the cloak, on his breast; a shirt white, hooded, with red ornamentation, about him; a sword gold hilted over his dress outside.’

Therewith Fergus is silent.

‘I do not know indeed,’ said Fergus, ‘the like of this lad in Ulster, except that I think it is the men of Temair about a lad proper, wonderful, noble: with Erc, son of Coirpre Niafer and of Conchobar’s daughter.

They love not one another; — without his father's leave has that man come, to help his grandfather. It is through the combat of that lad,' said Fergus, 'that you will be defeated in the battle. That lad knows not terror nor fear at coming to you among them into the midst of your battalion. It would be like men that the warriors of the men of Ulster will roar in saving the calf their heart, in striking the battle. There will come to them a feeling of kinship at seeing that lad in the great battle, striking the battle before them. There will be heard the rumble of Conchobar's sword like the barking of a watch-dog in saving the lad. He will throw three walls of men about the battle in seeking the lad. It will be with the affection of kinsmen that the warriors of Ulster will attack the countless host,' said Fergus.

'I think it long,' said Mac Roth, 'to be recounting all that I have seen, but I have come meanwhile(?) with tidings to you.'

'You have brought it,' said Fergus.

'Conall Cernach has not come with his great company,' said Mac Roth; 'the three sons of Conchobar with their three cantreds have not come; Cuchulainn too has not come there after his wounding in combat against odds. Unless it is a warrior with one chariot,' said Mac Roth, 'I think it would be he who has come there. Two horses... under his chariot; they are long-tailed, broad hoofed, broad above, narrow beneath, high-headed, great of curve, thin-mouthed, with distended nostrils. Two wheels black, —, with tyres even, smooth-running; the body very high, clattering; the tent ... therein; the pillars carved. The warrior in that chariot four square, purple-faced; hair cropped short on the top, curly, very black has he, down to his shoulders;... a cloak red — about him; four thirties of feat-poles (?) in each of his two arms. A sword gold-hilted on his left; shield and spear has he, and twenty-four javelins about him on strings and thongs. The charioteer in front of him; the back of the charioteer's head towards the horses, the reins grasped by his toes (?) before him; the chessboard spread between them, half the men of yellow gold, the others of white metal; the buanfach under their thighs. Nine feats were performed by him on high.'

'Who is that, O Fergus?' said Ailill.

'An easy question,' said Fergus. 'Cuchulainn Mac Sualtaim from the Sid, and Loeg Mac Riangaibra his charioteer. Cuchulainn is that,' said Fergus.

'Many hundreds and thousands,' said Mac Roth, 'have reached the camp of Ulster. Many heroes and champions and fighting-men have come with a race to the assembly. Many companies,' said Mac Roth, 'were reaching the same camp, of those who had not reached or come to the camp when I came; only,' said Mac Roth, 'my eye did not rest on hill or height of of all that my eye reached from Fer Diad's Ford to Slemon Midi, but upon horse and man.'

7.1.7.- El Bernardo o victoria de Roncesvalles, Libro VIII, vv 248-887

De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro,
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infanteria,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada:
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfín que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Altero,
Que, plático en la guerra, les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quien su capitan y escuadra fuese.
Fue la gente llegando, él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viesse
De su cordura y discrecion el modo,
Así fue señalando el campo todo.

El que á su cuenta trae el estandarte
Real, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero;
Aunque de godó tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero
Tibante de Velasco, y dista gente
Digno caudillo y general prudente.

Bello Centauro en medio á los derechos
Pinos de Osa parece en brío y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva rompe, asombra el valle:
Tiemblan á sus pies anchos los barbechos,
Las fieras y ganados le hacen calle,
Y él, dejando tras sí la alta montana,
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza, y en el uso
De herir de lejos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.

El que sigue tras dél con su bandera
Es el valiente joven Coribanto
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalga escuadra rige entera
Del valle de Solorzano, y el manto
De hoces de verde, plata, y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

Claverindo es aquel, y las legiones
Que de la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Ceres gozan, y del libre Baco:
Aquel es Aldigér, cuyos florones
Del limpio arnés, y del bruñido jaco
Los rayos dan, que ahora con sus bríos
Vuestros ojos deslumbran, y los míos

Su gente, siempre a guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras desta insigne sierra
Escogida la flor de cuanto encierra.

Del valle de Bastan los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicano, los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.

De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, ligera y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de lejos la flecha peligrosa
Despide á donde baga golpe vario,
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

Monsalve es quien la guía, por ausencia
Del príncipe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo, clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En roscas de cristal rompe y declara,
Entre un preñado monte y su eminente
Risco, el vistoso origen de su fuente.

Es el que la argentada luna vuela
En campo azul, el lusitano Argante,
Famoso cazador, y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fue cursante:
Diez años la bellísima Clarela,
Que ahora es ya su esposa, fue su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.

De ochocientos caballos le acompaña
La bella escuadra que en Setúbar hizo,
A quien freno ni espuela, industria o maña,
Lijereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña,
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dio la cria
Que después con su padre competía

Desto se precian y de haberles hecho,
El rey Tubal, primeros deste mundo,
Dando principios a su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba y su jarcin fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.

Las armas destes son lijeros dardos,
Dorados yelmos y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos,
Cual mejor gustan, tejen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros a hacer en sus contrarios muertes.

Dos tantos trae el escuadrón siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos a cargo y cuenta del valiente
Romi que allí su luz la vista extraña:
Este del rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España.
Y aquel lucero de Oro en medio un cielo
Armas son y memoria de su abuelo

Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,
Y de Romi, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento):
Que este del sacro Tíber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento
Del muro, a quien después los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.

Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!
Sin su querido hijo cual solía,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado,
Por festejar sus bodas salió un día
Á caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adonis del primero.

De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y el hambre fiera:
Menosprecian las penas, son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera,
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias

Son de su natural duros y atroces,
Que su tierra de hierro y pedernales
Hecha una dura pasta, los feroces
Ánimos cria á su cosecha iguales :
A la ira prestos , al herir veloces ,
Y al aceptar pependencias liberales ,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero le arma, y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte y su importuno hielo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes,
Son allá arriba estrellas, y acá gentes.

Pues ya con el clarín de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados ,
No quedó valle en su fragosa sierra,
Que cual Tebas no espigue hombres armados:
Los que en desentrañar la dura tierra ,
O en las ardientes masas ocupados ,
El metal labran , que de luz vestido
En las hornazas hierve con ruido.

Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo
Y a los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo:
Los que del mundo habitan los puntales,
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la peña Udalacha y en Ambrolo
Sombrió gozan y agradable solo

Es este el fresco valle de Arrazola
Con quien se aúnan por diversas vías
Los que por las riberas del Urrola
El rumor sordo asombra de herrerías,
Cuando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frías;
El que al valle de Aytona y de Zumaya
De mimbres ciñe la florida raya.

Briganto es el que allí con plumas varias
Cual rojo leon fantástico campea,
Y Arnesto el que se sigue , de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea ,
Que yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamás las ha de dar al enemigo;

Más Arnesto de solo acero viste
Las espaldas y el resto desarmado
A su contrario más seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
Lin prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado ,
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.

Tras estos dos, que un solo arnes bastante
Defensa y armas da en cualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del río Lezo y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el río Vidaso rompe, cuando llega
A ver de Uránzua la espaciosa vega.

Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del río Arajes prueba
Romper los hielos con pesada yunta :
La de Arracilo antigua, y la más nueva
Del Irnio monte, y su nevada punta,
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos , y de pies veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo,
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo :
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien tras largo vivir murió en la cama.

El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante,
Fundador de los muros de Sansueña
Y sucesor del mauritano Atlante:
Vino a la luz que nuestra ley enseña
Por oración del santo monje Arbante,
Que la alta peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.

Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoria
Derrama el río Jalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los surcos guardan y espadañas
Del frío Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcazar tuvo el nieto de Vulcano.

Fue este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro formo espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó el jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente;
Mas hoy guía sus escuadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que en trance honrado
Vida a su dueño le quitó y cuidado.

Mas ¿qué diré de tí, oh Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso
Con tu gran corazón, y el de tu gente
A volver desta guerra victorioso?
Tras tí los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijón los fuertes muros,
Obra romana, auu guardan hoy seguros.

Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En escuadra vio humilde, y a la angosta
La voz seguir de un no temido Marte;
Y a los que el paso estrecha y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.

Entre ellos van los mismos que al río Deva
Ven ir volcando yelmos acerados
De sesenta mil moros, que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alia sierra
El río que la carcome desentierra.

Fanio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitán de Orense, y sus triunfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo oscuro:
Estos con sus cuchillas relumbrantes
Hechos un escuadrón tejen un muro,
Mas fuerte que de mármoles cuadrados
A los que dentro dél se hallan guardados

Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fantástico trasunto
De Marte hechos, sus montañas yermas
Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su río la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente
El nectar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
Rodelas usan, y acerado estoque.

Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sia poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones
Que yendo allí sus damas den en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Que miden pie con pie el desnudo estoque
Porque del hierro ajeno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque;
Que así la espada aferra del contrario,
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él y desarmado
Es fácil de matar cualquier soldado.

Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de a caballo en ambas sillas;
Sertorio el otro, que de gentes lleva
De Fontibia y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y a su lado
Montalvo el Rojo resplandece armado.

Los que en la sierra Orbion las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas las cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes a ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones,
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.

Es fama que estas gentes, ya cansadas
De la prolija hambre y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas,
Fuego sembraron en su intacto muro;
Y de sus firmes venas desangradas,
Rojas manchas de Duero al cristal puro
Que despeñado va de tierra en tierra,
Huyendo el mar de su espantosa sierra.

De Berlanga, Gormaz, Osma y Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitán de Simáncas, y el siguiente
De Calahorra invencible gente.

Estos, los cuales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,
Y sus flacos adarves más seguros,
Y cuando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde ni les hace daño;
Que como tengan guerra no hay mal año

Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan más valiente;
Y cuando no hallan mas, quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos a su gente;
Y no es carne para ellos desabrida;
Que la ira con el hambre es suficiente
Para que, si en sus trojes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.

Este es el grave Firmio, cuyo pecho,
Del antiguo Diomedes descendiente,
Un fénix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balaj resplandeciente;
Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dio nombre, y con su gente,
En rubias masas de metal sonoro,
A sus altas medulas sangró el oro.

Allí de Carracedo el negro lago
La gente da a este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que, en su encubierto pago,
De pescar sierpes por las aguas vive:
No sabe que es tener tiempo aciago,
Ni de la muerte horror: solo concibe
Deleite el alma cuando en dura brega
A echar las garras el contrario llega.

No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales,
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales;
Porque mas les probó que en su guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales;
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su oscuro lago."

Así el leonés decia, y la hermosa
Florinda , "dime , dijo, oh sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan,
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan."

Rió Altero, "y no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha,
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,
La misma conjetura por vos hecha :
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede, y mas estrecha
Ser la te y la amistad , mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.

Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia
Huyendo le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo ,
Niño , y niña tambien la mora bella ,
Que salió madre, donde entró doncella.

Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente;
Gastando él en criarle un gran tesoro ,
Nada á su real grandeza diferente :
Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnés, y un paño.

Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo ,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalio pudo,
Mí nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,
En el brio me parece, en que sin lasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

Ya conozco de su águila la aguda
Vista, y las plumas de oro con que vuela.
¡Oh, jóven bello! á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela,
Dete el cielo feliz próspera ayuda
Cortando tarde la preciosa tela,
En que tu heroica juventud recama
Honra á tu patria , y á su nombre fama.

Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
Que tu padre infeliz tuvo en Adama,
Donde á mis flacos pies le vi tendido.
Apenas me dió en tí nueva esperanza
El cielo, apenas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo , y tú sin padre.

Del bárbaro Argalin la inútil clava ,
Mientras él con Cliaquin , y el fuerte Ardante,
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion. ¡Oh cielo! á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?

Cayó muerto á mis pies, ¡oh hado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento :
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé, que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida y victoria le deshice.

Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara...."
Así en perlas bañando el blanco pelo,
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguía.

Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas , que ninguna
Dejó de acompañarle; él satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
"¡De cuantos, dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

¡De cuantos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Cuantos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre, y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alia jardos , la sangrienta
Luna, y los dos luceros son aquellos,
Que á vista de los moros de Tafalla
Quitó á Almanzor en singular batalla.

Deste os quisiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, oh generoso Calimarte,
Que a su lado andas siempre con sombrío
Penacho, hecho un fantástico dios Marte;
Mas de ti, oh nueve alférez, de quien lio
Que a la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar a Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas

¿Qué dire de ti, digo, oh Virbio fuerte,
De Portugal caudillo y de Galicia;
Que dire de tu brazo, de tu suerte,
De tu experiencia y brio en la milidia,
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia
Con que, en batallas veinte y seis campales
A los pechos sacaste las señales?

Ninguna a las espaldas recibiste,
Que, como a ellas siempre echaste el miedo
Por no mostrarlo en ti, jamás las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiéndolo va, mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas que su vuelo
La fama espanta al mundo y toca el cielo.

Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora al padre recién muerto,
De insigne lanza y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto;
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago y astrólogo encubierto,
Que supo cuantas en figuras bellas,
Por su Via-lactea, cierne el cielo estrellas.

Supo de los secretos de los días
La gran revolución, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vías
Del mundo por venir el curso ciego;
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabías,
Nunca supiste del contrario Orbego
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.

Lleva este, de las torres de Coruña
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del león rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados;
Este es Ricarte, del valor de Orduña;
Aquellos dos de azul y blanco armados,
Dos hermanos: Arnalte es este, el fiero,
Caudillo de la casa de Biberio.

Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,
Insigne gaste en el arco, el otro en maza;
Y el de aquel fino y relumbrante jaco,
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el flustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo zamorano.

Trae de Astorga a su cargo las banderas,
Astorga, a quien de Astirios las campañas
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano a las montañas:
Cuarenta son, de a cinco, las hileras
Que de Sanabria el lago, entre espadañas,
Al son armó de su clarín, y el rio
Tera les añadió arrogancia y brio

Casi otros de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbego,
Cuyos collados la áspera batalla
De los suevos cubrió de sangre y fuego,
Cuando de esta nación, por acaballa,
Hizo el rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.

Usan estos por armas largas hondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que, al despedir su tiro con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas ondas,
Despiden desde lejos sus furores,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.

El que el guión de aquellos lobos pardos,
Casi veis, lleva tras sí, es Grabello el fuerte,
Y los que le acompañan, los gallardos
Pueblos que al Nervio rio dio la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario escuadron envían la muerte
Volando como escuadras de aves juntas,
Que el aire rompen por diversas puntas.

Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba
El de Vermeo cabeza de Viscaya
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Carnica.

Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta ,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnés grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.

Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor, y en la honra vale:
Despues del general de aquesta guerra ,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

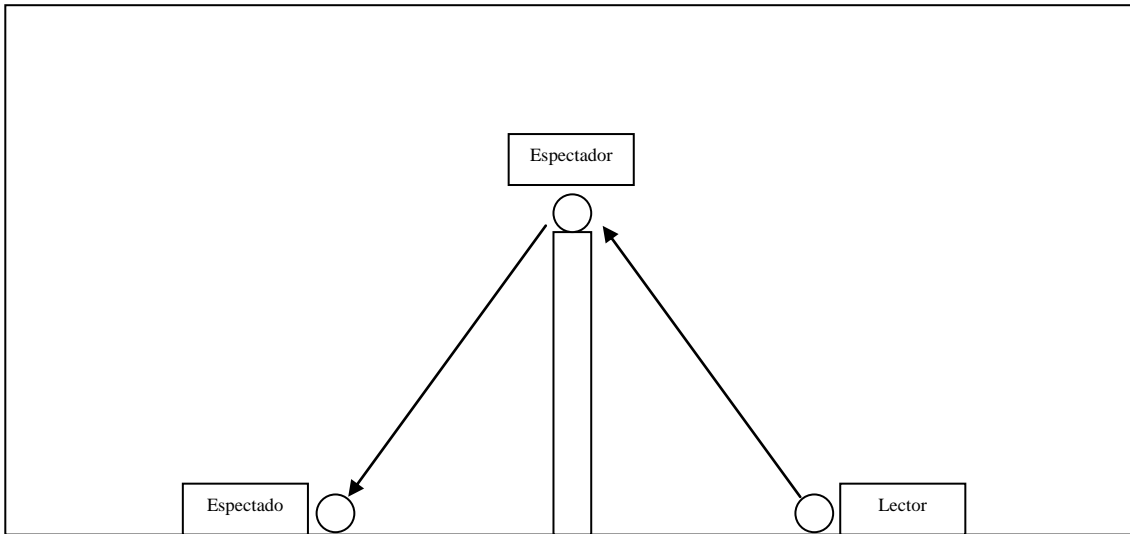
Aun no del rubio bozo el blando vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra "es mi cuidado,"
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde."

Así el prudente Altero en voz severa
Á la bella Florinda describía
Del campo real bandera por bandera
El alarde pomposo en que venia:
Y ella, colgada de la voz postrera,
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello joven por su triunfo y palma
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
Á dar órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento :
En nada halla quien ama inconveniente,
Todo lo allana un amoroso intento;
Á esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.

7.2.- Anejo de imágenes

1.- Esquema de la ticoscopia



2.- Arjuna luchando contra los Kauravas

3.- La muerte de Jayadratha



4.- Helena mirando desde las murallas de Troya



Often she would stand upon the walls of Troy